

# EL CORREO ESPAÑOL

DIARIO TRADICIONALISTA

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, UNA peseta al mes.—Provincias, 6 pesetas trimestre, 10 semestre y 20 al año; por correspondencia 6 liberos, 12 pesetas semestre y 24 al año.—Extranjero: Países de la Unión Postal, 10 pesetas trimestre, 20 semestre y 35 al año.—Los demás países, 30 pesetas semestre.—Pago adelantado.—No se admiten sellos.

Número suelto, 10 céntimos de peseta.

MADRID.—AÑO XVIII.—NÚM. 4.872

Viernes 10 de Marzo de 1905

## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración del periódico, calle de la Concepción Jerónima, números 15 y 17, primero izquierda; en las principales librerías de la capital y de provincias, y en casa de nuestros corresponsales.

Apartado de Correos número 150.  
Teléfono núm. 294.



RECUERDO DE LA FIESTA DE LOS MÁRTIRES EN 1896.

## El general «No importa»

Es la perseverancia la virtud del héroe y la resignación en el infortunio la del mártir.

Constancia en el combate para no rendirse y sublime paciencia en la desgracia para no ir por el camino de la desesperación a la locura ó á la vileza, son grandezas del alma que brotan del sacrificio, fuente inexhausta de las bellezas morales. Y el sacrificio supone el imperio de la voluntad sobre las sollicitaciones de la concupiscencia y la idea luminosa del deber sojuzgando al entendimiento, y las dos cosas juntas una energía irresistible que hace de la vida un dilema entre el honor ó la muerte.

La Iglesia con la Cruz y la Monarquía con la Corona grabaron en el alma de España ese altivo concepto de la vida á que sirvió de firme apoyo la fortaleza nativa de la raza.

Por eso lo que en la historia de las otras naciones es hermosa excepción, es el rasgo común de la nuestra, que no tiene más que dos páginas: Heroísmo y martirio.

Ni la victoria colma nuestros anhelos, ni la desgracia rinde con la postración del desastre nuestras fuerzas. Hay una *vis caritativa* en el organismo nacional que le hace salir ileso de los brazos mismos de la muerte. La fe, que por la creencia firme es la base de los caracteres varoniles, infundió en las generaciones creyentes este soplo inmortal que aun se descubre en las decrepitas, cuando la fiebre revolucionaria pasa y las falsas opiniones superpuestas artificialmente dejan, en los momentos de crisis, al descubierto el carácter español con sus rasgos indelebiles y castizos. En medio de la opulenta riqueza de variedades regionales, el carácter común, sello persistente formado en lucha secular por la historia, brilla como la interna lazada espiritual que mantiene la solidaridad de los miembros de la Patria y les da aquella soberana unidad que se manifiesta en los actos solemnes de su vida.

Guadaletes y Covadongas, Alarcos y las Navas, Lepantos y Trafalgares, resplandores del Tabor y tinieblas del Calvario, heroísmos sin término y martirios sin medida, constituyen la trama de una historia que parece guirnalda maravillosa, formada por el tiempo para ornar las sienas de esta matrona augusta que se llama España, y que, aun postrada en miserables pajas, puede mostrar á los pueblos engreídos que un día fueron feudo suyo, en las cicatrices de su rostro, las señales que conserva de la cimitarra de los bárbaros y del sable de los pretorianos, pero no la marca afrentosa de los esclavos que, paladín armado del derecho, ha salvado en una

Cruzada, siete veces secular, la civilización universal del *simoun* de los desiertos africanos, y en las contiendas de este siglo, luchando cuerpo á cuerpo con la revolución, ha demostrado que será, en la nueva edad que ya comienza, la Covadonga de Europa.

Las naciones que marchan con rapidez por el plano inclinado de la desventura para dar en la catástrofe restauran sus fuerzas lentamente, y sólo después de larga convalecencia y continuada quietud recobran la salud perdida. España, con sus inquebrantables energías, parece eximirse de esa ley que pesa sobre los destinos de los demás pueblos. Del abismo de la desgracia se alza súbitamente hasta alcanzar las cumbres del más excelso poderío.

La misma generación mísera y abatida en Enrique IV, triunfa y resplandece como el primer pueblo de la tierra con Isabel la Católica; Carlos II y Valenzuela son el prólogo de Felipe V y Alberoni; Carlos IV y Godoy preceden á la guerra de la Independencia; los pronunciamientos pretorianos que precipitan la pérdida de América, á las guerras heroicas, en que la antigua España azota el rostro de la revolución con las mismas eadenas que había puesto á traición en sus brazos vigorosos. Liríase que nuestro pueblo hace de la desgracia el escalón de la fortuna, y de la derrota el pedestal de la victoria.

Por eso al conmemorar á nuestros Mártires y á nuestros héroes sería la mayor de las injusticias no celebrar la memoria del más grande de los héroes y los mártires, del que resume y condensa en sí toda nuestra historia y compendia en su nombre, que significa la firmeza del triunfo y el desprecio de la muerte, todos los rasgos de nuestro carácter, el sublime general No Importa, emblema de nuestra raza.

El joven Príncipe que después se llamó Carlos V, oponiendo á Napoleón en el castillo de Marrac el *non possumus* del honor en medio de la debilidad y vileza de Carlos IV y Fernando VII, se yergue al lado de los que cayeron en el Parque y entre los escombros de Zaragoza, como una de las figuras más hermosas, que el odio político ha tratado de cubrir con el velo del silencio, en ese cuadro portentoso que iluminan las descargas del 2 de Mayo, las bombas de Girona y las estrellas arrancadas al cielo de la victoria en Arapiles y Bailén.

Este noble caudillo, Godofredo de la moderna Cruzada dirigida por los nietos de San Luis contra los nuevos musulmanes, y sus sucesores el Conde de Montemolín y Carlos VII, forman en este siglo de caracteres rebajados y voluntades enfermas la escolta de honor del general No Importa.

Desde el héroe de Arquijas hasta los Mártires de Abanto, en las ondas de ese río de sangre ge-

nerosa que socava los muros del agrietado alcázar revolucionario, se oye como un murmullo solemne que parece la voz de la Patria, el perpetuo No Importa español que nos recuerda el deber de no rendirnos nunca al infortunio y alzar altivos la frente en las horas de las grandes tristezas nacionales, recordando las magnificencias del pasado para salir de las miserias del presente, fijos siempre los ojos en aquella Bandera que ondeara con su lema glorioso, cifra de nuestros amores y de nuestras esperanzas, sobre los trofeos de la victoria el día en que, aplacada la justicia de Dios con la penitencia, podamos recoger el galardón de tantos sacrificios como aun en este siglo ha ofrecido el gran héroe y el gran mártir, el general No Importa, poniendo su pecho á la metralla para que no llegara hasta el altar.

Juan V. de MELLA.

## El 10 de Marzo y las Juventudes carlistas

Si providencial fué el nacimiento de las Juventudes carlistas, providencial fué también la elevada inspiración que hizo á Carlos VII crear la Fiesta de nuestros Mártires, que viene á constituir para aquéllas un escudo que defiende y asegura su vida contra los enemigos de nuestro salvador programa.

La juventud, plétórica de vida, ansiosa de ideales, embrion del mañana, se deja guiar más por el ejemplo que por el consejo; al asomarse á la existencia, al pretender un puesto entre los que luchan por la vida, sus nobles aspiraciones se ven combatidas, más que por grandes ideas que venzan su ideal, por grandes promesas que aspiran á dominar su corazón. El «Seréis como Dios», de la serpiente; el «Macbet, tú serás Rey!», del trágico inglés, resuenan constantemente en su oído, no intentando convencerle, sino ofreciéndole, á cambio de fácil abjuración, honores, porvenir, gloria.....

¿Cómo defenderse contra el canto de sirena del positivismo triunfante? ¿Cómo contestar á esa sociedad que llama terquedad á la convicción y adorna con los casebeles de la locura la frente que no se inclina ante el error que triunfa, ante la infamia que vence?

A la razón se opone la razón; á la fuerza, la fuerza; pero el ejemplo de una sociedad abyecta, sólo por el ejemplo de una sociedad dignificada

por el ideal puede oponerse. El medio ambiente en que vivimos tiende, no sólo á disculpar, sino á justificar toda traición, si el premio de ella es un plato en el banquete del Presupuesto. Se discutirá el precio, pero no la venta. Para los liberales, Judas no es odioso, es necio: vendió á Cristo por poco dinero.

Por eso decíamos que la Fiesta de los Mártires de la Tradición es una defensa, un escudo que ampara á la juventud carlista. Se comprende que demócratas y republicanos traicionen su conciencia, tomando, no obstante alardear de racionalistas, por credo de su inteligencia, el programa del que sea mejor postor; después de todo no hacen más que imitar á sus jefes; pero no tendría explicación satisfactoria, sería indisciplinable que los que se honran siendo soldados de Carlos VII, volvieran la espalda á su bandera y manchasen con su cobardía el blasón que les legaron sus padres.

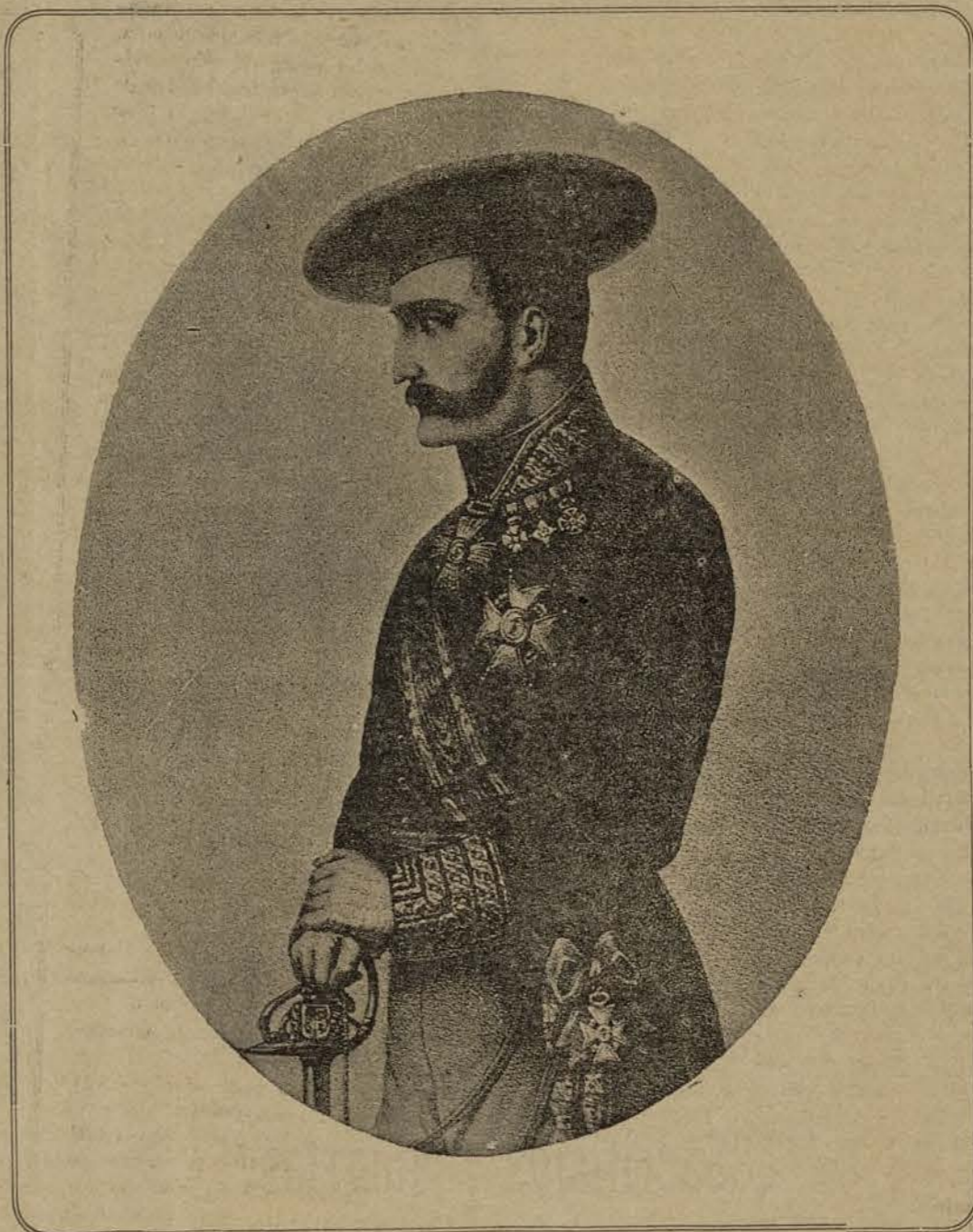
¡Que les legaron sus padres! Nuestro amadísimo Jefe pudo, ofendiendo su modestia, pero poniendo muy alta la idea de justicia, presentarse nos como ejemplo de lealtad y consecuencia: no quiso hacerlo así, y desde el destierro, velando por aquellos que la Providencia y el Derecho le confiaron, se dirige á la España tradicional y la ordena que un día al año, apartando sus ojos de las impurezas de hoy, los vuelva á un ayer glorioso en que nuestros padres escribían las últimas páginas de la leyenda de oro de la Patria.

Y fiel al mandato del Duque de Madrid, la juventud carlista, la más necesitada de altos ejemplos, acude ante el Altar á elevar al Cielo su oración por los que en defensa de la Causa de Dios y de la Patria vertieron su sangre, por aquellos que al caer en el campo de batalla como buenos, envolvieron sus restos con los últimos laureles que en la tierra española han producido. ¡Todos apostatan! ¡Todos se venden!—nos dice la revolución triunfante. ¡Todos no!—parecen replicar esas campanas que al doblar tristemente por los que ya no existen, hacen latir con entusiasmo, en los que palpitan todos los heroísmos y todas las abnegaciones, el corazón de los buenos carlistas.

Por eso, al mismo tiempo que nuestras plegarias llegan al Cielo, parece descender de él la bendición de Dios, y con ella la fuerza suficiente para seguir el alto ejemplo de los que nos precedieron, sabiendo despreciar todos los halagos, todas las promesas, todas las concupiscencias del positivismo y la energía necesaria para prometer solemnemente dedicar toda nuestra existencia á la defensa de la gloriosa bandera de «Dios, Patria y Rey».

RAFAEL D. AGUADO SALABERRY

## EL EJÉRCITO Y LOS MARTIRES CARLISTAS



EL HEROICO GENERAL ZUMALACÁRREGUI.